

ADRIANA AMANTE

POÉTICAS Y POLÍTICAS
DEL DESTIERRO

Argentinos en Brasil en la época de Rosas



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i> , Sylvia Molloy	19
<i>Introducción. Exilios y peregrinos</i>	25

Primera parte

SOCIABILIDAD EN TRÁNSITO

I. <i>Correspondencias</i>	51
II. <i>Conversaciones de los emigrados argentinos</i>	79
III. <i>Mariquita o el Plata</i>	121

Segunda parte

SOCIABILIDAD POLÍTICA

IV. <i>El proscrito de la victoria</i>	165
V. <i>Letrados y poder</i>	213

Tercera parte

MUERTE Y VIDA EN EL DESTIERRO

VI. <i>Exiliados ilustres</i>	247
VII. <i>Familias errantes</i>	297
VIII. <i>El Oriente de América</i>	343

Cuarta parte

POÉTICAS Y POLÍTICAS DEL ESPACIO

IX.	<i>Brasil o la nueva Eloísa</i>	381
X.	<i>La educación por el exilio</i>	433
XI.	<i>La Odisea de la pampa</i>	491

*Quinta parte*DIALÉCTICA DEL ORDEN Y EL DESORDEN EN LA FORMACIÓN
DE LA NACIÓN ARGENTINA

XII.	<i>El desorden (¿o el orden?)</i>	535
XIII.	<i>El orden (¿o el desorden?)</i>	559
	<i>Conclusión</i>	581
	<i>Fuentes</i>	593
	<i>Bibliografía</i>	605
	<i>Índice de nombres</i>	623

Prólogo

Sylvia Molloy

EL EXILIO ARGENTINO EN BRASIL en el siglo XIX esperaba su cronista y en Adriana Amante lo ha encontrado, con creces. Amante sabe leer, sabe sobre todo escuchar lo que la historia a veces calla o descuenta por insignificante. Su investigación la ha llevado a examinar, con una paciencia sin par, los escritos de los mismos exiliados que dan testimonio de las diversas emigraciones en Brasil durante y después de los gobiernos de Rosas: textos literarios, sin duda, pero sobre todo textos primariamente interlocutivos, por así llamarlos, cartas, mensajes diversos, escritos autobiográficos, chismes, textos todos en una primera persona que busca a un tú para establecer la comunicación directa. Lo que hace este libro es, precisamente, capturar las *conversaciones* del exilio y la sociabilidad a la que remiten esas voces que, pese a estar lejos de su lugar de origen, no quieren callar.

Poéticas y políticas del destierro es, en realidad, varios libros. El exilio, como todo viaje, apunta en varias direcciones y se abre a innumerables desvíos: la partida, la melancolía del trasplante, la inadaptación, el aprendizaje del lugar nuevo, lo cotidiano vuelto extraño, los reajustes ideológicos, el sueño del regreso, el temor a la muerte extranjera, para nombrar sólo unos pocos; y este libro cuidadosamente atiende a todos. Por un lado, el lugar de origen, el hogar que se deja atrás y al que ya no se puede volver, no sólo metafóricamente sino, en la mayoría de los casos, en la más estricta realidad; por otro lado, el punto de llegada, el lugar o los lugares del exilio, ya que la partida inaugura una itinerancia, un no aposentarse en un solo lugar. Se parte a Montevideo, o a Chile y de allí a Río de Janeiro, o se parte directamente a Chile, o se va primero a Río y luego se va a Chile (si se logra pasar el malhadado

cabo de Hornos) o se va a Montevideo y luego se vuelve a Río: o viceversa. Entre estos polos se plantea el vaivén que es el *mal estar* del exiliado, es decir, el *estar entre*: sin poder volver allá pero sin poder radicarse del todo aquí, el exiliado recurre a esa conversación permanente para ubicarse por lo menos en un espacio, el de su escritura.

Atento a ese vaivén, el libro de Amante recrea admirablemente el aquí y el allá, Buenos Aires y Río de Janeiro, Petrópolis y Palermo, procurando reflejar tanto la continuidad como la ruptura que viven los exiliados. Quiero decir: este libro entra, él mismo, en el ir y venir del exilio, en su conversación, nos habla a la vez del mundo que se ha dejado atrás (por ejemplo, reproduce admirablemente los lugares y las maneras de la sociabilidad en el Buenos Aires de Rosas, no sólo para situar a los exiliados en un pasado sino para mostrar cómo ese mundo es parte de su presente) y nos habla también del mundo del todo nuevo que es para estos exiliados Brasil, la corte de Pedro II, y una cultura intelectual cuyas semejanzas con la propia apenas enmascaran diferencias profundas que desconciertan. Indaga en la compleja red de relaciones que los exiliados mantienen con los dos mundos en ese prolongado *estar de paso* que es el destierro; e indaga, admirablemente, en las relaciones que los exiliados mantienen entre sí.

Para darse realidad en un contexto nuevo, es decir, *para ser*, el exiliado tiene que *contar*. El texto del exiliado necesita confirmar aquello que Roman Jakobson llamaba la función fática del mensaje, es decir, el poder comprobar, en todo momento, que el otro está allí, escuchando; acaso más simple, comprobar que, en efecto, hay otro y que no se habla en el vacío. Los autores de las cartas que analiza Amante transmiten información al que se quedó atrás, describen el lugar nuevo (sobre todo las faltas de ese lugar o sus excesos: recuérdense las quejas sobre el clima de Río), procuran explicar sistemas culturales que apenas conocen, narran eventos. Son informantes y a la vez traductores: transmiten sus observaciones y a la vez las condicionan, las adaptan, para beneficio del que quedó allá. No escatiman la diversión, la minucia pintoresca o el detalle cómico: así Mariquita Sánchez describiendo los rituales de la corte y sucumbiendo al *glamour* imperial cuando se encuentra junto al emperador, "nos encontramos tan cerca que fue pre-

ciso que supiera quién era yo. Se levantó de su asiento y me hizo una gran cortesía"; o Andrés Lamas recordando cómo Sarmiento aparece en el baile del emperador con su flamante condecoración en la solapa derecha y, cuando se le hace notar el error, murmura "Es lo mismo", pero rápidamente se la cambia a la izquierda "en medio de la sala, con su peculiar desenvoltura"; o Carlos Guido y Spano contando lo opuesto, cómo nunca quiso ser presentado en Petrópolis porque rehusaba ponerse la casaca y el calzón de terciopelo verde de rigor y "presentarme en público vestido de cotorra". Los detalles triviales, jocosos, la *petite histoire* del emigrado abundan en estas cartas, como también esa forma suprema de crear complicidad que es el chisme, reafirmador del contacto familiar y de un código compartido.

Amante muestra sutilmente la múltiple *utilidad* de estas conversaciones epistolares, aliviadoras por un lado de nostalgias y a la vez eficaces como fuentes de información o vehículos de crítica ideológica. La observación de la nueva realidad en la que procura insertarse el exiliado lo lleva, forzosa (y gustosamente), a establecer comparaciones desfavorables al gobierno argentino. Así por ejemplo Sarmiento, cuando habla de la epidemia de fiebre amarilla en Río de Janeiro, recuerda a su interlocutor que no menor epidemia sufrió Argentina en época de Rosas, "llamose aquella enfermedad *degüello*". Como bien dice Amante,

el gran relato de la oposición al rosismo [...] no habría que buscarlo en la *Amalia* de José Mármol, sino en la *summa* conformada por epístolas que –de manera fragmentaria, polifónica, errática y hasta fluctuante o contradictoria– terminan conformando una historia, con carga dramática y manejo del *tempo* narrativo, que como en un folletín suspende ciertos estados o revelaciones de un envío a otro.

Observa además el peligro que amenaza a estas cartas, el giro siniestro al que ocasionalmente se las somete, cuando se las intercepta y encuentran un nuevo, inesperado destinatario: ya el gobierno argentino, ya la prensa adherida al régimen que las hace públicas denunciando la perfidia de sus autores. El toque patético aparece en los seudónimos,

ostentosamente extranjeros, tras los cuales se escudan los proscritos: Juan María Gutiérrez que se firma Brian en cartas a su novia; Carmen Belgrano, quien responde firmándose Miss Wilson, o Juan Andrés Ferrera que en carta a Sarmiento se nombra Augusto o Adolfo Fisher. Extranjero en su lugar de exilio, el proscrito se extranjeriza adicionalmente para poder ser él mismo en sus cartas.

Estar exiliado no es estar desconectado, es estar en *otro* lugar. Sin embargo, la otredad de Brasil es, para el proscrito argentino, particularmente desconcertante, desconcierto que también parece haber afectado a la crítica. Como bien dice la autora de este libro, salvo excepciones, no se suele estudiar Brasil como lugar de exilio en el siglo XIX, no por descuido sino más bien porque hay algo que no cabe dentro de la concepción habitual del exilio en esa época. Los exilios de la época rosista son a Uruguay o a Chile, países "hermanos", donde se está políticamente en la misma longitud de onda y donde *se habla la misma lengua*. Es el exilio sin la completa extranjería, donde no se corta la conversación, donde uno se encuentra, si no en casa propia, por lo menos en casa de parientes (a veces literalmente), y no demasiado desorientado. En cambio Brasil es *el oriente*, como agudamente propone Amante siguiendo a Edward Said, es profundamente otro. Es otro el lugar (el clima, la naturaleza abrumadora), otras las costumbres, otro el proyecto nacional, otro su régimen político. Y es otra, por sobre todo, la lengua. En Brasil, el "pensar la patria en el exterior" que, como observa Amante, es misión de todo exilio político, es pensar sin encontrar referente directo en la situación presente para apuntalar ese pensamiento: es un pensar en traducción.

La diferencia se acusa, en un primer contacto en el cuerpo, a través de un clima tropical, maligno para algunos –así Sarmiento queda "prostrado, deshecho" por el calor cuando se detiene en Río rumbo a Europa–, benéfico para otros: Mariquita Sánchez, de vuelta en Montevideo, aprecia la mejora general de su salud: ya no se le cae el pelo por nervios o agotamiento. Se acusa, como dijimos, en la lengua, una lengua que algunos –pero no todos– tienen en menos. Sarmiento dice que el portugués "no requiere aprenderse"; Mariquita Sánchez considera que lo habla porque dice "bocadiño" o inserta un "muito" cada tanto en

la conversación. Otros exiliados, como Juan María Gutiérrez, se vuelven estudiosos de la literatura brasileña. Pero la mayor extrañeza es sin duda política y cultural. Si tanto los intelectuales brasileños como los argentinos en el exilio están “cartografiando sus patrias” a base de las mismas lecturas de la ilustración y el romanticismo europeos, lo hacen de manera radicalmente distinta. Brasil se quiere liberal y a la vez es imperio, tiene un monarca ilustrado y a la vez sanciona la esclavitud, sus escritores se han formado en el romanticismo europeo pero no se sublevan contra el poder imperial. Brasil es, para usar la expresión de Roberto Schwarz citado por Amante, un lugar de “ideas fuera de lugar”. Los brasileños postulan un “Brasil sólo naturaleza” como comienzo de la nacionalidad; los argentinos buscan desmitificar una “Argentina sólo naturaleza”, para ellos sinónimo de barbarie, procurando en cambio construir una civilización urbana que, en buena parte, niega esa naturaleza. De ahí la incomodidad para más de un letrado argentino de conciliar el proyecto brasileño con el argentino, de aprovechar el uno para construir el otro. Se traduce y adapta lo que se puede, para uso propio; se intenta, un tanto presuntuosamente, corregir lo que no se entiende (como Mármol en artículos que dirige a un público brasileño), pero la diferencia de Brasil subsiste, para ellos inasimilable.

Pregunta este libro: ¿qué hace el exiliado en su exilio? En primer lugar, convive y conversa con otros exiliados. Si la conversación epistolar es importante para mantener vivo un *entre nos* desde lejos, la conversación real, en castellano, la de la tertulia o del salón, es indispensable para fortalecer una comunidad dedicada a pensar la patria a distancia. Luego trabaja, o busca trabajo (son elocuentes las citas sobre la dificultades del letrado en ese sentido), estudia –Florencio Varela trabaja con Rivadavia sobre “muchos y muy preciosos documentos” de Argentina; Gutiérrez, sobre literatura brasileña– y por fin, y siempre, escribe. Su práctica literaria se ve condicionada por el exilio, no sólo en su temática sino en su estética y en su producción mismas, como sutilmente anota Amante en el caso de los *Cantos del peregrino*, de Mármol, en quien las nociones de exceso, desborde, desmesura pasan de ser características del hiperbólico paisaje brasileño a ser principios de una estética y una política que llaman a la acción: “Extenderse,

irse a lo que parece ajeno, cumplir una misión de esclarecimiento, ser un guía". La escritura del exilio *hace patria*.

Dar cuenta de la extraordinaria riqueza crítica y documental de este libro es tarea imposible. Me detengo en un mérito más porque condiciona todo el libro. Adriana Amante, como los mejores exiliados de la época rosista, sabe contar. Tiene el don de encontrar la anécdota elocuente y de sacar partido de ella, de rescatar la frase justa, de relacionar episodios, de armar escenas que cifran, mejor que cualquier explicación, una situación política o un conflicto ideológico. La tarea que ha emprendido en este libro, que por cierto desanimaría a un crítico menos persistente, no sólo lleva a repensar una etapa de la historia americana de manera más profunda: nos lleva a abandonarnos, con gusto, a las conversaciones que Adriana Amante magistralmente entabla con nosotros.